



José Luis
GONZÁLEZ
VERA

II

El agua en la boca

Litoral / Suplementos



Catarsis (*op.* 1)

Las pesadillas son violentas visiones, generadas espontáneamente a partir de experiencias diversas con el fin de atormentarnos con morosidad, nocturnidad y alevosía. No existen pesadillas fugaces. Siempre hay una calle interminable de la que nunca podemos salir, un suelo insistentemente resbaladizo... La lentitud no es otra cosa que un desesperado intento de negar el tiempo. Cuando la memoria nos presenta retazos del pasado lo hace a cámara lenta. La etimología nos lo advierte: todas las pesadillas son pesadas y vuelan graves, como aquellos pajarracos que salían de la cueva gongorina. Y quizá en ello resida su poder terapéutico. Al ralentizar el terror, lo observamos tan de cerca y tan intensamente, que luego, en la vigilia, cualquier contratiempo o mala pasada nos parece una fruslería.

Como en las pesadillas, en *Los barrios lentos*, abunda la violencia. Hay «broncas y golpes» en el tercer verso del libro, una amputación digital en el primer poema, sádicos maltratos a animales en el tercero, dos puñetazos faciales en el quinto, un atentado con arma blanca en el séptimo, revólveres cargados... Bajo la forma sutil de la alienación encontramos más violencia. Los personajes pueblan un universo acultural, en el que se alude a películas de serie B («En frontal, plano medio, un tipo carga / el tambor del revólver»), y a grafitis («los signos con tiza / que celebraban (...) / que alguien tiene cuernos»). Como en la pesadillas, no falta lo escatológico y tropezamos con «latas, preservativos», «fluidos», «retretes», «basura», «los niños que mean», «el coño de la Paqui»...; ni lo ilógico («un partido absurdo con pelotas»; «algo incoherente / oculto en la palabra *vida*»). Como en las pesadillas, hay lentitud, conseguida hábilmente por medio de varios recursos: uso de tiempos imper-

fectivos (presente e imperfecto) y de frases nominales («En la distancia, algún ladrido»). A decir de los grandes imaginólogos franceses (Gilbert Durand y compañía), la única forma que existe de conjurar el paso del tiempo es haciendo hincapié en el espacio. Por eso en *Los barrios lentos* proliferan las descripciones, parcas en verbos, que recuerdan el estilo seco y rudo de la *pulp fiction* («Basuras. / No hay contenedores.»; «Juani la loca, / el cuchillo, el psiquiátrico, / su libertad, las manchas de las calles.»).

A pesar de ser su *opera prima*, el autor no ignora que las pesadillas no se pueden entregar al lector en bruto, sin una consciente elaboración. De ahí que acuda al mismo método que usaron los autores de tragedias del siglo V a. C., quienes buscaban la catarsis del espectador, su purificación, seleccionando personajes sumidos en penosas vicisitudes vitales y concentrando los acontecimientos. El primer poemario de José Luis González Vera es extremadamente conciso y elíptico: está formado por sólo diecinueve poemas, la mayoría de los cuales no sobrepasa los treinta versos.

Pero, a diferencia de las obras de Esquilo, que dejaban al público ateniense felizmente purgado a fuerza de llantina, el poeta de *Los barrios lentos* vislumbra que aquella pesadilla del pasado, que se ha querido conjurar con las palabras, se ha convertido irremediabilmente en el secreto motor del presente: «La muerte (...) nos grabó su tatuaje de sombras al nacer. / No cabrá incertidumbre en mi camino». Esta especie de determinismo barriobajero amenaza además con expandirse hacia las generaciones futuras. Los «perros en la noche», los que «expoliaron los cubos de basura» en los setenta, asustan ahora a su hija, y el protagonista tira la toalla, incapaz de detener el paso inmisericorde del terror: «En la distancia, algún ladrido. / No sé evitar que mi hija / oiga los perros». En «La profecía» se vaticina implacablemente: «se hizo quietud el odio / y segura, la torpe derrota de los años».

El fracaso de ésta nos augura próximas catarsis.

Es la vieja historia: amargo sufrimiento para el poeta, buenos libros para el lector.

ÁNGEL LUIS MONTILLA MARTOS

Mi amigo Charles

Charles no se llama Charles. Cambió de nombre porque admiraba a Charles Bukowski. Quería ser como Bukowski, escribir como Bukowski, tener la cocina sucia como Bukowski, abrir latas de cerveza como sólo las abría Bukowski y conocer de muy cerca a las mujeres como las conoció Bukowski.

Mi amigo Charles hizo todo lo que pudo por emular a su héroe. Bebía más cerveza que nadie. Se tatuó un lobo en el pecho para que todas las chicas lo llamaran Pecho Lobo. Se puso a escribir poemas tristes, agrios y cínicos. Charles era como Bukowski, pero jugaba con desventaja porque tenía un corazón vulnerable. Los dos buscaban el amor en distintos cuerpos, aunque mi amigo con peor fortuna, quizá porque le gustaban las mujeres que menos le convenían.

José Luis González Vera no se llama José Luis González Vera. Miente cuando dice su nombre y miente cuando habla en serio de literatura. Sé lo que digo, lo conozco. Si algún día se tropiezan con él por la calle hagan la prueba, griten: «¡Charles! La literatura es la última puta lata de cerveza en un frigorífico averiado». Y verán como se vuelve y sonríe.

El caso es que José Luis González Vera siempre quiso ser Charles Bukowski, y cada día que pasa está más cerca de conseguirlo. Por eso yo lo llamo Charles, porque estoy seguro, desde hace tiempo, que mi amigo dejó de ser profesor y erudito y todas esas cosas serias que el admirado Bukowski procuraba evitar.

Pero Charles, al menos en la apariencia, engaña bastante; porque tras la pinta de pirata harto de ron se oculta el hombre tierno que encandilaría a cualquier madre. Ni el tatuaje, ni el pendiente, ni siquiera los pantalones de cuero negro, consiguen mitigar el aspecto de chico bueno y prudente. Ésa es su desgracia, que a pesar de coleccionar corazones ahogados en alcohol, nunca podrá desprenderse de cierto aire inocente. Un condenado inocente, que pertenece a esa clase de personas que pueden romper almas y cometer destrozos sin levantar sospechas.

Dicen que los tatuados son asesinos en potencia. La verdad es que Charles dispara a todo lo que se mueve. Luego guarda el arma, regresa a casa y escribe: «La soledad también aumenta de tamaño.»

De todos los posibles Charles que hay dentro de Charles, prefiero quedarme con el escritor de los barrios lentos que vive a velocidad de vértigo. Prefiero al erudito e investigador de la vida nocturna. Lo cierto es que me gusta pasear a su lado en silencio y oírlo hablar, porque Charles hace literatura cuando habla. Y yo le voy robando su vida en mis novelas.

JOSÉ ANTONIO GARRIGA VELA

Poemas



RONDA OESTE (N-340)

A Antonio J. Millán

Se alzó junto a mi casa como un premio.

Aquella arquitectura de prodigios,
pronto fue una conquista bucanera;
excursiones felices por arcenes
repletos de despojos:
latas, preservativos, pintalabios,
algún tubo de escape.
Un álbum oxidado en la desidia.

Las noches con matrículas exóticas,
imaginaba alegres pasajeros,
sordos a los encantos
de la quietud fingida del hogar;
el camino de rosas hacia hoteles,
y tarjetas con crédito.

Nunca encontré sus límites.

Ahora circulo rápido por ella,
evita retenciones,
engaña a la ciudad y me devuelve
con desprecio el peaje obligatorio
de las horas que entrego cada día.

LA NIÑEZ ILUSTRADA

A Juan Antonio y Maribel

Entre las calles poco conocidas,
los pisos sin fortuna rebosaban
de broncas y de golpes fácilmente;
el paro, el poco sueldo
o las desilusiones
asediaban la paz de la familia,
mensajeros de un Dios menospreciado
a la busca de algún altar propicio.

Este era nuestro pan cada jornada,

la imagen simple y sepia de la vida,
la puta realidad
paciente como un francotirador.

Imposible jugar entre los coches;
los locales repletos de basura
nos cobijaron cómplices
en un barrio sin parques ni alamedas.
Siempre fue tonto el último en correr,
y los golpes le daban la medida
del lugar asignado por la tribu.

Paco «el bala» tenía fijo el puesto
entre los perdedores de la escuela
y quiso demostrarnos sus cojones;
golpeó con un martillo el proyectil
que, mientras lo dejaba manco y tuerto,
hizo el favor de darle un nombre propio.
Así se convirtió el niño en ejemplo
de que los héroes suelen ser mediocres,
pero con más fortuna que nosotros.

ASESINOS

A Azul

Con quince años,
fuimos ya servidores de la muerte,
mensajeros sin causa
del breve telegrama sin destino,
apenas un motor, la máquina inclemente,
del vodevil que inicia el espectáculo;
luego, su aparición fugaz en la opereta,
con artes de tahúr ensimismada
en sus vicios grotescos
por sabidos.

Quizás la muerte exige sólo muerte,
y punto:

Por la cola, los gatos pendían de los techos
con cierta dignidad ante la farsa;
provocaban las risas al acertar los dardos.
Y las muecas convulsas de las ratas

con la inyección de ácido en los ojos.
O el fiel y noble aullido
de los perros que ardían,
la magia de la hoguera,
como una bailarina de estriptís
que encerrara el deseo
en la luz de su ombligo.
O los otros —cualquiera—
bajo la tarde roja y malva,
el silencio vencido por los golpes,
de dos en dos atados y corriendo
igual que si buscaran
adelantar las horas, la mañana
que no verían.
La muerte exige muerte a sus soldados.
Nos grabó su tatuaje de sombras al nacer.
No cabrá incertidumbre en mi camino.

LAS DEUDAS DEL JUEGO

A Alfonso Sánchez

No has cambiado:
melena hippie
y un ron cola a las diez de la mañana.

Un rápido saludo delimita,
por compromiso,
tu espacio de silencio y soledad
en una barra llena hasta los topes.
Hora del bocadillo.

Sigues cobarde,
instalado en aquellos días
en los que la alimaña del futuro
lamió dócil tu mano,
sol, discoteca, hoteles a los quince,
y el sello de unas uñas en la espalda,
carriles de autopista
favorable a los que echan buenos polvos
en la costa.

Inquietud en la noche,
cuando nos enseñabas

las frases convincentes del inglés,
los trucos para abrir sujetadores
o para abrir las piernas;
orgullo del trabajo
y el goce de contarnos tus proezas
antes de irte a la playa,
en autobús.

La suerte previsible
te dejó en cama y solo,
supurando el vacío de las horas sin rumbo,
calles enmohecidas
por un ritmo viscoso, señor nuestro.

Yo pago, te debía las leyendas,
el mundo diferente más allá de esas tardes
diluidas en el cáliz de una iglesia,
o en un partido absurdo con pelotas
de papel en la acera,
esquivando con miedo
algo incoherente,
oculto en la palabra *vida*.

DOCTRINA URBANA

El día de verano se levanta
tras el escape libre de las primeras motos.
Un viento, que es dulzura, dormirá
faroles e inquietudes.

No conoce alambradas
la ambición del termómetro;
y el sol, con la certeza del silencio,
secará cada nombre,
cada combate.
Lo entiendes,
cuando ya has sumergido
el calor en tu cuerpo,
sin huida posible.

El día será fiel a su estrategia,
inmóvil,

igual que el evangelio
donde la honra alumbra a la desgracia.

Son unos pocos trucos esenciales.
Primero, en la nariz
y cuando el dolor nuble su equilibrio,
en la boca.
Él o tú. Y ya sabes que los hombres
no pueden ser piadosos, ni maldecir el daño
que cultivan. Y nunca
Inclines la cabeza,
el perdón es limosna de cobardes,
sea su muerte la paga del desprecio.

COSTURERA EN EL JARDÍN

A Sonia Fontecilla

Los jardines del barrio
casi no ven el cielo que desgarban los bloques,
y en la fuente
entierran su ternura, triste por el olvido,
peluches y dibujos;
orina, polvo y lluvia.

Pero ahuyentan el orden impreciso,
el martilleo exacto de metrónomo
con que la soledad asfixia.

Fecunda el sol de tarde,
aunque frío,
las escenas campestres del mantel,
y brillan las agujas en el pecho,
galones sobre el luto
por servicios prestados.

A veces la costura pesa,
quizás vista cansada
de seguir a las horas que se escurren;
entonces se remansa en su pupila el tiempo,
como un lodazal
que hará fértil la siembra del hastío.

El desencanto teje cada día;
no hay dedales que eviten las puntadas
de un péndulo en reposo.

JUANI LA LOCA

A Carlos Marzal

Basura.
No hay contenedores.
Son útiles las bolsas en las fuentes;
arden, de vez en cuando,
y compiten los niños
que mean desde muchos metros sobre las llamas.

Están rojas e inmóviles, las pupilas de Juani,
espejo de otro mundo ante la hoguera,
su túnel interior con luz de niña débil;
una caja de música en silencio,
rota por la eficaz orina de los niños,
los insultos y golpes.

No se limpió el meado ni la sangre,
según los testimonios,
fue apacible su gesto, mientras apuñalaba
a aquel chulo del barrio;
solamente en sus ojos,
el azul ya enfermizo de la hoguera.
Huyeron los demás intimidados
por aquella concordia tan contraria:
Aquí, la mansedumbre nunca había cubierto
con su manto a la muerte.

Después, sobre el portal, las luces,
la nerviosa sirena azul-naranja,
policías y médicos, sus padres,
al fin, libres de aquel castigo.

Las bolsas de basura arderán otras noches.

Juani la loca,
el cuchillo, el psiquiátrico,
su libertad, las manchas de las calles.

PERROS EN LA NOCHE

A Álvaro García

Con miedo,
mortecinos de día, imperceptibles,
olisqueando el desprecio,
o la supervivencia cabizbaja
del reproche en las sobras.

Yo urdía con su imagen,
cuando la cena
quebraba el frágil rato de los juegos,
una legión famélica,
amigos que vencían
el hogar, su liturgia.

No los vimos ninguna tarde;
regresaban a oscuras,
quizás acompañados por el frío.
seguían el silencio,
las trochas entre escombros,
los charcos, la paz sucia
de los signos con tiza
que celebraban el coño de la Paqui
o que alguien tiene cuernos.
En sus fauces traían soledad.

Furtivos,
expoliaron los cubos de basura,
y mi vigilia,
miedoso fanfarrón sin guardaespaldas,
mientras la podredumbre fuese el calor del aire.

A veces, mi hija llora por la noche,
al despertarme siento
una inquietud sureña
por la combinación de noche y llanto;
en la distancia, algún ladrido.
No sé evitar que mi hija
oiga los perros.

LOS BARRIOS FAMILIARES

A Felipe Benítez

Las esquinas parcelan como agujas
este molde de hastío,
estratos superpuestos que se tiñen
con cortinas y vaho noble
de café vespertino en los cristales,
cuando en invierno duele la ventisca,
camino del trabajo.

A la luz de los pobres
voltios, calla el papel pintado,
conflictos hogareños
en que la sangre,
benedicida por santos de culpas y escayola,
casi no deja huellas
en la imitación plástica
del suelo de parqué.

Huye por los desagües, el lamento
de quien ve en la derrota
el tatuaje que infecta su destino.
Anuncia la mañana,
• el dolor de los golpes.

LA PROFECÍA

A Juan Manuel Villalba

Cubre el polvo, los pasos
vacíos de las sombras
y un calor de injusticia
acompaña la siesta;
éramos hombres libres por las tardes,
de tres a cinco, reyes
del silencio y la brisa
que aturde la conciencia,
que derrite el asfalto.

El único mayor que vigilaba,

espectro mortecino del insomnio,
nos quitó la pelota.

La luz era dañina,
y más, aquel discurso
que, sobre miserables, e indolentes
describía con saña
un amplio repertorio de conjuras,
trincheras enemigas y hoteles engañosos,
donde nunca tendríamos descanso
como perros que intuyen la carroña
en la red de los días.

Mientras retuerce
el aire con las manos,
brutal entre el presagio oscuro de los sueños,
alguien lanzó una piedra;
se hizo quietud el odio
y segura, la torpe derrota de los años.

Fue inútil que muriese el mensajero;
reconozco, no obstante, que la vida
tuvo alguna nobleza,
pues, igual que en el cine,
engrasaba el revólver,
cuando nos chivató sus planes.

PAISAJE VESPERTINO

A Jesús Aguado

Sonó tarde.
El reloj vuelve estorbo la mañana.
Sin afeitarse, la misma ropa
y el llanto
de mi hija que despierta
con una historia absurda sobre el monstruo
que papá llama *tiempo*, y nunca tiene,
y va tarde.
Luego ayuda el atasco;
y el tiempo, que es un monstruo
japonés, ahora vuela.

De pronto, los almendros
—tranquilidad desnuda al paso de tu coche—
te reprochan los límites del día.
Tras la curva atestiguan
el tributo al divorcio
entre alguien que despierta
y un mundo que despierta
con leyes más piadosas,
más exactas.

ALBA

A Antonio Blanco

Cuentan que siempre hiciste la calle en estos barrios.
No es verdad;
hacías los retretes,
los ascensores,
o los mismos refugios por horas que hoy ocupas.

Íbamos a tu altar, aquella tarde, oscuros,
bajo el brillo insolente
de las farolas,
miedosos navegantes a merced del silencio.

Desde aquel día, heridos
por los trazos seguros de tu lengua,
volvíamos con ron y Coca-cola,
con frecuencia, con prisa y, claro está,
con dinero,
que cortabas tú a hostias
el mal rollo del chulo que quisiera
follar de balde.

Te encuentro en la autopista;
como a un cliente novato me saludas,
y me doy el difícil privilegio
de abrazar la memoria, aunque alborotes,
si te enredo en posturas imposibles,
engaños que cobijan
esta porno-victoria

sobre tus callejones con ratas y sin luz
tan lejos de mi mundo.

Me demuestras
que aunque el sexo se oculte en las esquinas,
o haga autostop en zonas de talleres,
desnudo junto a un fuego,
en la huida
deja, según costumbre,
señales que no borran otros labios.

SOBRE MI AMOR

Cuando lo conocí, pillé una faringitis
a causa de una grave ducha fría;
cosas de adolescentes
que compensaron otras duchas dulces
con la limpia insistencia
del jabón en los besos.

Años después, los golpes de reloj,
el orden en la vida marital;
mundo abreviado e impuro
de duchas moderadas, abstraídas
como las buenas noches
que nos dábamos,
tras lavarnos los dientes.

También hubo algún cuarto ajeno,
postal de vacaciones
en el que adúlterar con otro cuerpo
la llama de un calor perdido;
la ducha simplemente higiénica
y un ascensor ruidoso,
que nos devuelve a un vago
proyecto de la noche,
cuando el silencio aturde.

Y ahora esta ducha lenta,
cerrados los talleres
que curaban los golpes

en que se funda el verbo *convivir*,
punto y final de nuestras duchas,
atrae la esencia líquida
donde nada mi amor:
el cubata que cargo antes de la refriega,
las lágrimas,
los fluidos,
—versos con más verdad que cualquier verso—
la necesidad húmeda
de ser saliva en cada hueco,
en cada borde, o en otra historia;
amor inaprensible que te escapas
por las alcantarillas
como el agua a su origen
para volver rebelde y sin aviso
un instante a mis labios.

DETALLES DE PODREDUMBRE

A Vicente Gallego

Nos quitamos la ropa con la rabia
de no estar ya desnudos;
dos perros y un despojo de carne en la pelea
se funden
con la lengua, en la espalda, en la victoria
jadeante que se nubla
junto a un cuerpo
por el placer exhausto.

Patente de la urgencia,
la almohada por el suelo,
qué exquisitas cabriolas,
mi luz, mi piel, mi amor,
¿quién no hubiera apostado por nosotros
al vernos en la cama?
Los días, sin embargo, humedecen los muros,
diluyen los colmillos.
Esparcieron su paz muerta en los besos.

Quizá ninguna de estas cosas,
pero los desayunos

en ausencia a tu lado,
los hoteles con nombres cursis,
el chivato ascensor ruidoso,
tus naipes en las bragas
mi fobia a tu teléfono,
la torpe incertidumbre de la lluvia
camino de mi coche
cuando se despereza, gris, la luz.

CONTRA FANTASMAS DE AMOR

A José Antonio Garriga

Silenció aquel pantano
sus calles.
Desde la presa,
mi abuelo describía
su juventud, sumiso;
le enturbiaban las novias
el oleaje enclaustrado del recuerdo,
y pretendía ver inútilmente
su adolescencia
bajo la superficie legamosa del agua.
Ninguna tarde vio las cumbres
de los montes cercanos
disolverse en la luz, rojizas,
ni la quietud de espejo que planea
tras el rasante gris de los halcones.

La muerte mentirosa
ancla al tiempo pasado la alegría,
va contigo al retrete
en el mejor momento de la fiesta,
no se corta al pedirte
migajas de minutos o de miedo,
que otra vez le darás
dócil como una puta.

Si no, imbécil, dime,
junto a esta chica,
ojos grises que instruye el diablo,
ahora que son propicias la música, las luces,

y la vida se exhibe transparente
bajo las transparencias de su escote,
¿por qué no abrazas
con gesto posesivo su cintura
y la besas igual que un condenado
a la vida?

Te cobrará la muerte su tributo
sin deducir tus anticipos,
y el fantasma que velas, a estas horas,
es un río en los labios de otro.

MOTIVO PARA TATUARME

A Camilo de Ory

«Te llamaba
para que nos tomáramos
unas cervezas.
Estaré todo el día en casa,
por favor, cuando llegues,
telefonea.»

La soledad también aumenta de tamaño
avisa, no es traidora,
susurra desde el jueves,
por esa coincidencia
de todos los amigos
en los pequeños viajes
los fines de semana.

Es fiel y libre igual que el lobo
en el pecho tatuado,
su mirada se fija en quien lo mire,
el temor a sus dientes me da fuerzas
como al piel roja.
Anula con su aullido de silencio
la risa de actriz mala
con que la soledad niebla las noches.

MELODRAMA DOMÉSTICO

A Gaby Beneroso

En frontal, plano medio, un tipo carga
el tambor del revólver;
otro lo empuña dócil a su suerte.
Huye de alguien.
Las apuestas confirman sus victorias.
Me quedo sin patatas,
y desde la cocina intuyo que el disparo
no fue igual que los otros.
El héroe en primer término, sobre un río de sangre.
Sólo una vez se gana a la ruleta.
Seguro que apretó los dientes
para darle al gatillo;
por fin, tras muchos años, la vio en aquel tugurio.
En su memoria dejó las patatas.
Levanto mi cerveza.

No existe indignidad en la derrota, amigo,
pero uno de los dos, a nuestro modo,
merecía la luz clara del triunfo.

(De Los barrios lentos)

CRÓNICA NUPCIAL

Al principio, fue casi una crónica rosa
en la que nadie narra a los futuros novios
la brevedad del tiempo,
ni dibuja su enorme colmena de minutos
sin manual multilingüe
sobre cómo llenarlos.

Se enmohecieron los días.

Nos volvimos mañosos lanzadores recíprocos
de indiferencia, insultos y arrogancia;
quedaron, eso sí, sin ningún roce
los muebles de diseño
que hoy decoran la casa que no habito,

aunque el poliuretano sea más fácil
de aplicar en sus grietas
que extraer de los sueños la carcoma,
si enmudece el desánimo
la sonrisa que enmienda cualquier noche.
Éramos dos soldados
caídos en la trampa de bambú.

No tuvimos piedad ninguna.

En días de voz lenta,
contemplo mi cadáver,
sobre su podredumbre
resplandece el carmín de las horas felices.

No quiero que en el álbum sólo arraigue lo impuro.

TIEMPO MUERTO

Hay días que se pudren cuando nacen;
ni siquiera, el mal sueño con que afligen
indulta su memoria,
ese rumor de estiércol que vomita
sus hilos de reproches.

Sin diluirse en los años
se enroscan como aceite en la escalera.

Sucumbo ante sus zarpas.

(Inéditos)



Bibliografia



CREACIÓN

Poesía

- «Alba», *Puente de Plata V* (1998), p.26.
«Juani la loca», *Litoral. La poesía del jazz* (2000), p. 124.
Los barrios lentos, Ed. La lámpara verde (Supl. de *Puente de Plata*), Córdoba, 2001.

Prosa

- La condición anfibia*, en *Litoral. Pasajeros* (2000), pp. 164-166.
La feria de las manzanas, en *El Sol de Antequera*, 13-VIII-94.
Un escenario para el capítulo final, en AA. VV. *Antropomaquia completa y El Sermón*, Ed. del Excmo. Ayto. de S. Roque, San Roque, 1995, pp. 101-112.

CRÍTICA E HISTORIA DE LA LITERATURA

Libros y cuadernos

- Concordancias lematizadas e índices léxicos de «Las personas del verbo» de Jaime Gil de Biedma*, Univ. de Málaga, Málaga, 1993.
Coord. de *Homenaje a Rilke*, Fundación Unicaja Ronda, Málaga, 1994.
El periodismo como arma política. «La Etcétera» de Juan José Relosillas, Corona del Sur, Málaga, 1996.

Ed. de Juan José Relosillas, *Narraciones, artículos y ensayos*, Ed. de Puente de Plata, Málaga, 1993.

Las revistas andaluzas. «Caracola», Cuadernos lit. del centro cult. de la G. del 27, Málaga, 1994.

«Una llamada inesperada. José Baena», *Cuadernos del Aula de Letras de la Univ. de Málaga*, Málaga, 2001, pp. 3-6.

Artículos

- «Ciertas concomitancias textuales entre Relosillas y Dostoyevski», *Jábega LIX* (1988).
«El compromiso literario en Cela», *El Parnaso XXX* (1990), pp. 19-24.
«Felipe, sus secuaces y algo de literatura», *Puente de Plata V* (1998), pp. 47-48.
«José Caballero: Viaje hacia la materia», *El Sol* 7-VI-91.
«Juan José Relosillas», *Sur* 17-I-87.
«La ciudad como motivo poético», *Aulaga III* (1995), pp. 7-8.
«Palabras sobre el pentagrama», *Entre música y poesía*, Ed. Obra Socio Cultural de Unicaja, Málaga, 1995, p. 1.
«Para que sea». *El Abanto IX* (1999), pp. 42-43.
«Pedro Antonio de Alarcón y la literatura malagueña: Juan José Relosillas», *Jábega LXVIII* (1990), pp. 44-48.

«Poemas primeros de José Moreno Villa», *Sur* 28-v-88.

«Sawa-Díaz de Escovar. Epistolario inédito», *Puente de Plata* II (1992).

«Una piedra de tropiezo llamada Leopoldo María Panero», *Puente de Plata* IV (1994).

Reseñas

Alberti, R. *Canciones para Altair*, en *Sur* 21-x-89.

Ameztoy, Begoña, *El asesino de Baltimore*, en *Sur* 7-v-94.

AA.VV. *Revista Sur*, en *Sur* 29-x-94.

Benítez Reyes, F., *Vidas improbables*, en *Papel Literario*, 22-x-95.

Bernal, J. L., *El ultraísmo ¿Historia de un fracaso?*, en *Palabras del 27* III (1989), pp. 17-18.

Chirbes, Rafael, *Los disparos del cazador*, en *Sur* 2-vii-94.

Coupland, Douglas, *Generación X*, en *Sur* 27-v-94.

Eliade, Mircea, *El burdel de las gitanas*, en *Sur* 30-iv-94.

Ferraté, Juan, *Jaime Gil de Biedma. Cartas y artículos*, en *Sur* 14-v-94.

Fortuny, Fco., *Cielo rasante*, en *Sur* 8-viii-92.

Fortuny, Fco., *Versos libres*, en *Sur* 15-x-94.

Fortuny, Fco., *Fata Morgana*, en *Puente de Plata* v (1998), p. 57.

García, Álvaro, *La noche junto al álbum*, en *Sur*, 7-vii-90.

García, Álvaro, *Intemperie*, en *Sur*, 13-i-1996.

García Montero, L. *Además*, en *Sur* 12-xi-94.

Hinojosa, José M^a., *Obras completas*, en *Puente de Plata* vi (1999), pp. 51-52.

Inglada, Rafael, *Vendaval en Nambroca*, en *El Sol de Antequera*, 24-vii-93.

Laforgue, J., *Moralidades legendarias*, en *Sur* 11-vi-94.

Luque, Aurora, *Carpe Noctem*, en *Sur* 24-ix-94.

Mesa Toré, J. A., *El amigo imaginario*, en *Sur* 8-ii-92.

Mesa Toré, J. A., *La primavera nórdica*, en *Papel Literario*, 15-xi-98.

Richard, Ivor Armstrong, *Crítica práctica*, en *Puente de Plata* I (1992).

Rilke, R. M^a. *Nuevos poemas II*, en *Sur* 18-vi-94.

Rojas, Jesús Antonio, *El año del mono*, en *Papel Literario*, 1-x-95.

Sánchez Rosillo, E. *La vida*, en *El Laberinto de zinc* III (1997), p. 45.

Simenon, G., *Los vecinos de enfrente*, en *Sur* 4-vi-94.

Simón, César, *Siciliana*, en *Sur* 5-v-90.

Sopeña Monsalve, A. *El florido pensil*, en *Sur* 1-x-94.

Ulacia, M. *Luis Cernuda: escritura, cuerpo y deseo*, en *Palabras del 27* I (1987), p. 26.

Valender, J.; Mesa Toré, J. A., *Manuel Altolaguirre. Los pasos perdidos*, en *Palabras del 27* v (1990), p. 19.

Vázquez Rial, H., *Frontera Sur*, en *Sur* 23-iv-94.

Villalba, Juan M., *Todo lo contrario*, en *Sur* 21-ii-98.

Villena, Luis A. De, *10 menos 30*, en *Sur* 12-iv-97.

Woolsey, Gamel, *El otro reino de la muerte*, en *Sur* 20-v-94.

Este onceavo cuaderno de

El agua en la boca.

nombre barajado por Hinojosa, Cernuda, Aleixandre y Prados en 1929 para una publicación de signo surrealista que sucediera a las dos primeras etapas de *Litoral*, se edita como suplemento de la revista con la intención de difundir la obra de artistas malagueños. • Colaboran en la realización de este cuaderno, dedicado al escritor José Luis González Vera, los escritores José Antonio Garriga Vela y Ángel Luis Montilla Martos y el fotógrafo Ignacio del Río. • Se imprimió en Málaga el día XXI de VI de MMI con el diseño y bajo el cuidado de Lorenzo Saval y Miguel Gómez Peña y el apoyo del Ayuntamiento y la Diputación de Málaga.

